

Marcos Kaplan *

4. Dilemas teóricos de la periodización en la ciencia política **

Me propongo discutir en este trabajo cómo las opciones de periodización en Ciencia Política presuponen decisiones ante dilemas teóricos más generales que condicionan a las primeras.

1. *Opciones de periodización y enfoques teóricos*

El propio objeto de la Ciencia Política la interesa naturalmente por el problema de la periodización. Ciencia del conflicto, del poder y del Estado, y de los dinamisismos que surgen de estos fenómenos y a ellos vuelven y con ellos se entrelazan. La Ciencia Política digna de ese nombre coloca la cuestión del tiempo en el centro de sus preocupaciones. Los fenómenos y procesos de conflicto, cambio y lucha por el poder no pueden ser investigados ni evaluados sino en una perspectiva temporal, dentro de los parámetros que fija el periodo considerado, el lapso histórico en el cual los fenómenos y procesos bajo examen han tenido génesis, desarrollo y desenlace.

La periodización, sin embargo, no es resultado de la aplicación de una ley de vigencia universal, o de un juego único y excluyente de criterios. Para el análisis de un fenómeno o proceso determinado, son aplicables en principio distintas opciones de periodización. Formulaciones y opciones dependen de los enfoques teóricos que la preceden y determinan.

La objetividad científica no equivale a la neutralidad valorativa. La primera es deseable, la segunda es imposible. Un científico trata de comprender lo que pasa en el mundo (natural o social) y de explicar la variedad de los fenómenos, sin atenerse a las apariencias, y mediante leyes simples. Ninguna epistemología puede, sin embargo, basarse en un empirismo ingenuo. La ciencia no está constituida por hechos, que son por el contrario el producto de lo que la ciencia hace. La significación de una investigación científica es relativa a sus hipótesis, que a su vez están insertadas en un contexto histórico-social. Ninguna etapa de una ciencia es absoluta, ninguna ciencia es jamás completamente científica, sobre todo en la medida en que su objeto se com-

* Investigador de la Coordinación de Humanidades, Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

** Versión preliminar, para discusión en seminario.

plica y en que la actitud del investigador puede cuestionar el tipo de organización y el funcionamiento de la sociedad y el modo de vida de los seres humanos que la componen.

El politólogo es parte de la realidad que observa, está implicado en ella, en su devenir, en sus estructuraciones y en sus sistemas valorativos. El mundo social tiene, en comparación con el mundo natural, un carácter relativamente amorfo y plástico, una presentación de los fenómenos bajo forma de continuo, si bien aquéllos mismos tienen realidad objetiva, formas e interrelaciones propias. De allí derivan precisamente las dificultades particulares para la captación, el análisis y la explicación de los fenómenos y procesos.

Cada politólogo parte de teorías, hipótesis, esquemas analíticos y sistematizaciones, que en parte elabora y en parte asimila de la tradición recibida y de la sociedad en que está inmerso. Ello introduce en su labor una cuota ineludible de subjetividad. "Ahora —escribe el politólogo inglés W. J. M. Mackenzie— todos somos parte de lo que estudiamos, y debemos contar con las perturbaciones que así surgen en nosotros, y con las que creamos en nuestro ambiente... Gran parte del trabajo académico es reconociblemente ideológico, como exposición persuasiva de un punto de vista, disfrazado de teorema y prueba... La descripción implica selección, síntesis y secuencia, y el resultado es la recomendación".¹

Reconocida esta situación, se trata de buscar el mayor grado posible de objetividad científica; de enfatizar la conciencia de las propias limitaciones (sociales, ideológicas, políticas), la voluntad de superarlas, el compromiso de hacerlas explícitas, la confrontación de los supuestos iniciales con los resultados de la investigación.

El modo como se elabora y usa una periodización depende del tipo de enfoque, que precede a la decisión al respecto, la condiciona y determina. De manera general, se enfrentan hoy en la Ciencia Política (y en otras ciencias sociales) dos grandes tipos de enfoques: uno, restrictivo, formalista y estático; otro, totalizador, concreto, dinámico.²

2. El enfoque restrictivo, formalista, estático

En este primer enfoque, los politólogos (y otros científicos sociales) se atienen a las apariencias, aceptan como realidad lo que la fuerza de la costumbre presenta como normal y regular. Asumen las hipótesis aceptadas co-

¹ W. J. M. Mackenzie, *Politics and Social Science*, Penguin Books, 1967.

² Ver H. Lefebvre, *Au-delà du structuralisme*, París, Editions Anthropos, 1971; Wright Mills, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961; Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1963; Robert W. Friedrichs, *A sociology of sociology*, Nueva York, The Free Press, 1970; *Ideology in social science Readings incritical social theory*, edited by Robin Blackburn, Nueva York, Vintage Books, 1973; Marcos Kaplan, *Teoría política y realidad latinoamericana*, 2da. edición, México, Archivos del Fondo, Fondo de Cultura Económica, 1976.

mo evidencia por la conciencia común a una época dada y en función de su antigüedad; hipótesis que permanecen subyacentes y olvidadas en su origen, en su carácter hipotético y en los valores que las han determinado y condicionado. La recolección de hechos, a partir de estas hipótesis y en el campo de interpretación que ellas determinan, pasa por ser una descripción objetiva de la realidad, reforzada en su legitimidad y prestigio por el aparato lógico-matemático y la cuantificación.

De esta manera, politólogo y otros científicos sociales tienden a dar cuenta de las razones por las cuales lo que existe es lo que es y como es, y demuestran que nada puede suceder que sea sustancialmente diferente de lo que ya ha sucedido. Se deja escapar así quizás lo esencial de la sociedad y la historia. La negación de la presencia activa de valores y de implicaciones sociales, ideológicas y políticas, es una forma de compromiso que, al tomar la estructura y prácticas prevalecientes de la época por la naturaleza de las cosas, contribuye a la aceptación y el mantenimiento de los poderes dominantes como una fatalidad natural. Lo diferente y lo extraordinario son confundidos con lo imposible. Se bloquea la renovación de hipótesis y explicaciones que den a los hechos otro sentido. Se bloquea la conciencia y se refuerza la legitimidad de las interpretaciones, estructuras y prácticas dominantes.

En la mayoría de los análisis sobre la política y el Estado, y de las proposiciones sobre políticas alternativas, aflora la preocupación predominante por promover fórmulas y estructuraciones que aseguren la coherencia, la estabilidad, el equilibrio, la autorregulación, la conservación del orden, la preservación de las condiciones de dominación y de explotación, en un país o en el mundo. Desigualdades y explotaciones, alienaciones y coacciones son comprobadas y mantenidas como necesarias o inevitables. Los elementos y tendencias fundamentales del pasado y del presente son extrapoladas hacia el futuro. Algunos de los sistemas nacionales —capitalistas o socialistas— son propuestos implícita o explícitamente como paradigma para los restantes países y para el orden mundial.

Como contrapartida se subestiman o se desacreditan las contradicciones y los conflictos los desequilibrios, los azares y las sorpresas, las innovaciones y las creaciones, las deestructuraciones y las reestructuraciones, que resultan impugnadas como desviaciones, disfuncionalidades, patología y peligro. El falso rigor y el falso realismo consagran lo hoy existente y dominante como lo dado para siempre. Conciben el futuro como mera extrapolación de lo actual. Visualizan el proceso de cambio como desplazamiento mecánico y rectilíneo entre dos tipos dicotómicos polares, pero a través de un movimiento en que al estadio de partida predetermina y prefigura fatalmente el estadio de llegada.

Este enfoque se manifiesta en teorías cerradas y estáticas, que fragmentan y simplifican la realidad, y limitan y degradan su interpretación. Por el impacto de razones sociopolíticas e institucionales, la totalidad teórica estalla. El conocimiento de la realidad y la acción sobre ella tienden a escindirse y contraponerse, por la disociación y la mutua clausura entre ciencias naturales

y ciencias humano-sociales, y entre estas segundas. Las deformaciones del economicismo, el sociologismo, el antropologismo, el psicologismo, el historicismo, contribuyen a fracturar y disociar la realidad humana y social; escamotean o abandonan lo global y lo total; lo pulverizan en lo parcial y lo puntual para que subsista sólo como agregado mecánico de fragmentos convertidos en meros temas de investigación reservados en favor de los especialistas que, como iniciados, monopolizan un saber pretendidamente riguroso y puro.

La sociedad es percibida y tratada en superficie, por lo que parece o pretende ser, como realidad plana que se manifiesta y define por estructuras, formas, normas, instituciones, organizaciones, símbolos. Se la reconoce y capta como un conjunto unificado que el análisis fragmenta y subdivide, reduce a una dimensión única o somete a una pseudototalización arbitraria.

Se separa la sociedad en instancias (económica, política-jurídica, ideológica), como dominios distintos que se fetichiza y elabora en abstracto, se disocia y superpone, o se mezcla y confunde, sin captación de las conexiones y articulaciones ni del movimiento dialéctico concreto en que cada término nunca deja de ser activo. Las instancias aparecen como partes de un modelo en que todas son en principio influyentes, pero con el predominio de una de ellas (estructura, modo de producción, tipo sociológico, régimen, etcétera) que somete a todos los elementos y actores a su determinación (causal-lineal o por interacción mecánica).

Las diversas variantes del enfoque que se caracteriza sufren la influencia del *pensamiento causalizante y finalizante* del siglo XIX. Aquél induce a concebirlo todo como un inmenso encadenamiento de causas y de significados sobreimpuestos. En virtud del aspecto *causalizante* (científico), los efectos ya están por entero contenidos en las causas. Por consiguiente, no se logra concebir el cambio como creación de algo nuevo, y sí como la reproducción en un tiempo que se presenta como mero marco de referencia y pura yuxtaposición. El aspecto *finalizante* (*social*) atribuye desde el exterior a las sociedades y a las clases una serie de misiones de las que ellas no tienen conciencia en cuanto a su existencia y a la necesidad de cumplirlas. El movimiento de la historia aparece subordinado a una providencia, divina o laico-terrenal. Se trata de un discurso sobre la sociedad externo a ella, concebido como distribución demiúrgica de tarea por quienes se arrogan el derecho a hablar en nombre de otros (pensamiento totalitario que puede llevar a una práctica totalitaria).

Este enfoque practica un corte y crea una oposición entre estática y dinámica, entre sincronía y diacronía. El *tiempo* es escamoteado o reducido a un orden particular de sucesión, análogo a la coexistencia espacial, y disminuido así en su novedad radical. Se niega el tiempo que interesa, el social histórico, el de la alteración absoluta, la creación y la indeterminación. Las estructuras y los procesos se presentan como intemporales o atemporales, bajo el signo de la permanencia, en un perpetuo presente sin acontecimientos. La continuidad social marcha por sí sola, como reproducción estricta de la sociedad existente en el tiempo.

Las consecuencias para la Ciencia Política se perfilan más claramente en relación a dos grandes variantes de este enfoque: el marxismo oficial-dogmático (stalinismo), por una parte, y ciertas tendencias de la Ciencia Política no marxista (maquiavelistas, estructural-funcionalismo) por la otra.

El pensamiento oficial y dominante de la Segunda Internacional socialdemócrata primero, y después y sobre todo el stalinismo soviético y sus apéndices del resto del mundo, han puesto en boga una versión del marxismo que se caracteriza por la primacía de un determinismo reduccionista y mecanicista-lineal. El mismo se manifiesta ante todo en el análisis de las interacciones entre las llamadas infraestructura y superestructura, categorías que por otra parte se rehusa someter a nuevo examen crítico. A la infraestructura socio-económica se otorga el predominio sobre la superestructura de la cultura, la ideología, la política y el Estado, todo lo cual es determinado por la primera de manera mecánica y rigurosa. Toda fluctuación en la superestructura es mero reflejo y registro de las evoluciones de las fuerzas productivas, de los sacudimientos en las relaciones de producción y de las luchas de clases.

Las relaciones políticas de dominación y subordinación derivan de las relaciones económicas de producción y explotación. El poder político es sólo una superestructura del poder económico. El Estado es una simple excrecencia o instrumento de la clase dominante. La estructura económica y las luchas de clases determinan los conflictos políticos y el personal político. Entre unas y otros se establecen relaciones puramente objetivas de las cuales las subjetividades son meros reflejos. Ni el personal político ni los conflictos y procesos políticos se determinan por factores propiamente políticos.

El determinismo extremo y mecánico ignora la compleja trama de fuerzas, relaciones y formas sociales; el papel de las mediaciones; la especificidad, la autonomía y la eficacia relativas, fundadas en sus realidades y estructuras propias, de los distintos aspectos y niveles de la sociedad. Fuerzas productivas, relaciones de producción, clases dominantes, son privilegiadas de modo excluyente como esencia creadora, principio genético, clave de inteligibilidad, en relación con las cuales las "superestructuras" aparecen como fenómenos sin especificidad, concreción ni autonomía. La adopción de este enfoque implica un análisis indiferenciado de la función de representación de los intereses de clase, aplicable a todos y cualquiera de los que cumplan alguna actividad de naturaleza o significación políticas. Implica además desdeñar el análisis de las relaciones competitivas que se establecen en la conquista y el ejercicio del poder. No toma en cuenta la contribución específica del personal político a la reproducción de la estructura de clases, o a la inversa a su modificación o destrucción.

El determinismo mecánico se une o se identifica con el fatalismo histórico. La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción se manifestaría siempre y necesariamente en una confrontación entre dominadores y dominados en los cuales los primeros están predestinados a la decadencia y la derrota y los segundos al ascenso y el triunfo. Las derrotas son ignoradas, o convertidas en insumos positivos de los triunfos fatales que prepara el fu-

turo. Correlativamente, se suprime la historia y se niega el papel de lo nuevo y lo inesperado.

La segunda variante de este primer enfoque puede ser ejemplificada por los "Maquiavelistas" y por las teorías del desarrollo político en la Ciencia Política norteamericana.

Los "Maquiavelistas" (Pareto, Mosca, Michels, Burham) afirman la autonomía prácticamente absoluta de lo político, su independencia respecto de la infraestructura socioeconómica y de la configuración y coacciones de la sociedad, a las que por el contrario se determina. Sólo los actores intrínsecamente políticos, y en ellos los elementos formales, voluntaristas, de competencia entre grupos e individuos por el poder, son privilegiados como relevantes. La actividad política, en su especificidad y en su despliegue, tiene los principios explicativos de su desarrollo y de sus motivaciones, de sus objetivos y funciones. La política es presentada como competencia y lucha entre grupos por el poder político. Las luchas sociales oponen una élite política dominante y otra élite rival que la desafía. Los cambios en la estructura del poder se determinan por el carácter y la capacidad de las élites políticas. Se desdeña las relaciones entre gobernantes y gobernados, el campo de relaciones entre clases y entre éstas y el personal político. El poder es definido tautológicamente por la posesión del poder. Los fundamentos del sistema político encuentran una explicación pura o primordialmente psicológica.

En las tendencias predominantes de la *Ciencia Política norteamericana*, la sociedad es afirmada como sistema coherente, homogéneo, estable y autorregulado. Su estructuración surge de una armonía social inherente, a la que fundan e integran la comunidad de los valores, el consenso espontáneo sobre diferencias y conflictos, la congruencia entre personalidad básica y sistema. La sociedad aparece como suma de instituciones articuladas que deben funcionar correctamente según una racionalidad inmanente. El modelo de equilibrio autorregulado debe permitir el descubrimiento de las condiciones para la absorción de las tensiones y desequilibrios amenazantes. Estructuras, funciones, sistemas, pasan a ser, de categorías y modelos de análisis, esencias y causas formales, alienaciones y reificaciones que a su vez alienan y reifican. El acento es colocado en la combinación armónica de actividades, funciones y estructuras en el sistema integrado y, como refuerzo, en las normas, los controles, las coacciones, las instituciones, las legitimaciones. Parte considerable de la actividad científica es destinada a la búsqueda de estructuras adecuadas para el cumplimiento de funciones postuladas como requisitos para el mantenimiento del sistema político. Funciones, actitudes, roles, comportamientos, estructuras, son objeto de inventario y sacralización; se las configura en y como existencias dadas y cuadros sociales invariables, legitimadas junto con las coacciones que las expresan y refuerzan.

En lo que a la Ciencia Política norteamericana contemporánea se refiere, la tendencia a dar un sentido atemporal o ahistórico a la teoría ha debido ser complementada por la necesidad de una *teoría-ideología del cambio*, tanto en una versión economicista-tecnicista como en otra de tipo politicista.

En la versión *economicista* el desarrollo es reducido a mero crecimiento, a un proceso modificador de las dimensiones cuantitativas, en transición o en desplazamiento entre tipos dicotómicos que equivalen a estilos polares de integración. El desarrollo es concebido además como predestinado a la imitación de los países que tempranamente se industrializaron, con desconocimiento de las condiciones específicas de aquéllos y de las sociedades sobre las que se pretende actuar. La sociedad es concebida como suma de compartimentos, aislables a voluntad, tratables por partes, y jerarquizados mediante un criterio que privilegia lo económico y lo tecnológico, en desmedro de los otros aspectos y niveles.

La versión *politicista* se identifica con las teorías del *desarrollo político*. En ellas, el modelo de desarrollo político de los Estados Unidos y Europa Occidental es presentado como paradigma de superioridad innata. Sus formas, estructuras, funciones, resultados, son postulados como requisitos universales de equilibrio para cualquier sistema político desarrollado. Del mismo marco de referencia se extraen los conceptos, categorías y nomenclaturas. Se postula la necesidad y conveniencia de la repetición histórica, el paso necesario de toda sociedad nacional por etapas de desarrollo que se ordena en sucesión lineal. Como corolario, se proponen estructuras y sistemas que maximizarían las pautas de conducta y de organización deseables. Se llega incluso a visualizar las instituciones y prácticas políticas como tecnología pura, dissociada de intereses, valores e ideologías, susceptibles de exportación desde el país-modelo para su sobreimposición a las sociedades en desarrollo. La *Political Science* se vuelve *Policy Science*.

Se establecen correlaciones arbitrarias entre los niveles del proceso. En algunas versiones se afirma una correspondencia entre etapas de desarrollo económico tipo Walt W. Rostow con otras de desarrollo político. El sistema político y el gobierno son visualizados como variables dependientes, epifenómenos de otros factores determinantes. Lo político en sí no es considerado como variable esencial y formativa en el cambio social, y es ignorado, subestimado o vilipendiado el papel del Estado en el "Tercer Mundo". En otras versiones, sistema político y gobierno parecen reducirse a mecanismos institucionales abstractos, purificados de toda determinación y condicionamiento, para el procesamiento de insumos y productos sociales.

La naturaleza del desarrollo político permanece en la oscuridad. No se esclarece cómo llegaron a existir los sistemas políticos modernos de Occidente. No se prueba la existencia de regularidades discernibles en los procesos de desarrollo, los estadios, las secuencias de cambio, los problemas y crisis similares. Tampoco se ilumina la naturaleza de las sociedades y sistemas políticos tradicionales de los que emergen los procesos de transición hacia el desarrollo político o la modernización. Nada demuestra que sea posible y deseable que países subdesarrollados-dependientes se transformen para alcanzar el modelo de sistema político que se postula como paradigma de desarrollo. Se niega que diferentes estilos y sistemas políticos puedan enfrentar y resolver una crisis similar del desarrollo. Si un Estado no cumple las funciones ni adopta las

estructuras que se supone configuran el sistema político de un país adelantado, se lo califica como políticamente subdesarrollado.

Se suele postular la existencia de un conflicto entre desarrollo económico y desarrollo político, entre estabilidad y participación. La movilización de masas es mirada con pesimismo, suponiéndose que si adquiere demasiada intensidad y rapidez y se traduce en demandas excesivas, puede llevar a la quiebra del sistema. Se postula una identificación rigurosa entre democracia política y economía de iniciativa privada, y se recomienda establecer estructuras que favorezcan a la segunda como condición de avance material, de progreso social y de desarrollo político.

3. *El enfoque totalizador, concreto y dinámico*

Como alternativa al primer enfoque y prolongación de su crítica, se propone e intenta usar un enfoque *totalizador, concreto, dinámico*.³ En rechazo del falso rigor y del falso realismo, se comienza por afirmar que el presente no puede ser comprendido, criticado y modificado sólo por sí mismo y por el pasado, sino también y sobre todo por un futuro concebido como gama de opciones relativamente abiertas entre las cuales cada investigador —lo sepa o no— elige una. Para captar lo real y lo posible, debe incluirse un componente de lo aparentemente utópico e imposible, que puede ser lo posible de mañana. Esta toma de posición presupone y exige ante todo redefinir las *relaciones entre práctica social, teoría científica y utopía*, rechazar su disociación como artificial e irreal, y buscar rescatar su interacción. Debe tenderse hacia una forma nueva de *praxis científico-socio-política* que se proponga la intervención deliberada en la historia y en las sociedades humanas.

A partir de esta perspectiva se reafirma la primacía de los conceptos de *totalización y especificidad*. Ante todo, la Ciencia Política no puede agotar lo real, ni encerrar su objeto en paradigmas rígidos. No puede ni debe autoclausurarse en el aislamiento y el exclusivismo feudal de un ámbito restringido, sino considerarse parte del esfuerzo hacia una *Ciencia del Hombre* a construir. Debe contribuir a la aparición y la primacía de un pensamiento y una teoría de tipo *transdisciplinario*, que tengan como punto de referencia y objeto los *sistemas abiertos, multidimensionales y complejos*.

Los fenómenos humanos y sociales son totales, y plantean la exigencia de una *captación total* por la teoría, la investigación y la acción, más allá de parcelaciones analíticas y prácticas. Se debe además buscar el acceso a lo es-

³ Para un desarrollo más extenso y detallado del enfoque alternativo, ver Marcos Kaplan, *Estado y sociedad*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978. También, Henri Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne*, 2v. París, L'Arche Editeur, 1958 y 1962; Edgar Morin, *Le paradigme perdu: la nature humaine*, Seuil, París, 1973; Georges Balandier, *Sens et puissance*, Presses Universitaires de France, 1971; París, Yves Barcel, *La reproduction sociale-Systèmes vivants, invariance et changement*, París, Anthropos, 1973; Joel de Rosnay, *Le macroscopie-Vers une vision globale*, París, Seuil, 1975.

pecífico, a las realidades humanas concretas y a las sociedades reales, a sus características relacionales y dinámicas captadas en la acción: elementos y condiciones constituyentes de la existencia social; lazos que las sociedades mantienen con sus medio ambientes (ecológicos, internacionales); prácticas de los actores sociales que aseguran, o amenazan y modifican, su orden y su funcionamiento; dinamismos inherentes a las relaciones y a los actores y sus prácticas.

Totalización y especificidad apuntan ante todo a la unidad del hombre, la naturaleza, la sociedad y la historia, y por lo tanto a la aspiración y a la marcha hacia una ciencia integral que los abarque. En la temprana intuición de Marx (*Manuscrito Económico-Filosófico* de 1844), "la historia misma es una parte *real* de la historia de la naturaleza: es el proceso de la naturaleza en beneficio del hombre. La ciencia de la naturaleza englobará un día la ciencia del hombre, del mismo modo que la ciencia del hombre englobará la ciencia de la naturaleza: ellas serán una *sola ciencia*" "...La naturaleza es el objeto del hombre. El hombre es naturaleza, realidad sensorial... La realidad *social* de la naturaleza, la *ciencia humana* de la naturaleza, la *ciencia natural del hombre*, son expresiones idénticas". Y Sergio Moscovici anota al respecto que "la unidad de las ciencias no significa que las ciencias sociales deben seguir el modelo de las ciencias de la naturaleza, sino que debe rehacerse, en el contexto de la unidad y de la interioridad, todas las ciencias que se han constituido en el contexto de la separación de la naturaleza y de la cultura, de la exterioridad del hombre y de la naturaleza".⁴

El ser humano no tiene una esencia particular. La naturaleza humana, el "hombre genérico" de Marx, no es reducible a un solo rostro, ni a una superposición de estratos. Para la investigación de los fenómenos humanos y social-históricos es posible apelar a los principios organizativos correspondientes a la energía, la información y el tiempo.

La *energía* es el conjunto de capacidades de movilización, por medio de fuerzas, de los recursos materiales y humanos que intervienen en la producción (biológica, económica, social, cultural, política). Una parte de la energía se pierde, y esa pérdida, la *entropía*, anuncia el desorden y la muerte.

La *información* (noticia, mensaje, código, programa, expresión, comunicación, control, mando, inhibición, regresión, conocimiento, conformación, modelado), organiza la energía y la materia en estructuras y sistemas. Unas y otros son una combinación de energía e información, energía organizada por la información, donde circulan e interactúan ambos elementos. En las sociedades humanas, la información es todo lo que permite el control, el mando, la conformación y la organización: reglas, normas, prohibiciones, saber qué o conocimiento, saber cómo o técnica, medios de masas.

La información es pues una realidad *negantrópica* de naturaleza organizativa. Representa el orden, la organización, la improbabilidad; es la medida

⁴ Serge Moscovici, *Hommes domestiques et hommes sauvages*, Coll. 10/18, París, 1970. Del mismo puede verse *Sociedad contra natura*, México, Siglo XXI Editores, 1975.

de un orden improbable y localizado en el universo. Aparece como lo contrario de la entropía, que es desorden, organización, probabilidad, medida de la falta de información en un sistema y de sus riesgos de degradación. La contradicción entre ambos elementos se plantea y resuelve en y por la dialéctica del *tiempo*. Este concepto abarca dos nociones opuestas: tiempo linear, tiempo creador.

El *tiempo linear* tiene principio y fin, es sin retorno. Es el tiempo donde se gasta energía, aumenta la entropía, se da la destrucción irreversible de los sistemas. Es el tiempo de la historia causal, de la causalidad linear, del determinismo. Explica el presente por un pasado organizado que trasmite el orden acumulado en sistemas exteriores al hombre. Se identifica con modelos de equilibrio que regulan la información disponible.

El *tiempo creador* es el de la imaginación, la adivinación, la creación, la acumulación, el uso de información nueva, la originalidad. Implica la creación como única respuesta a la degradación de sistemas y sociedades, mediante la producción de información y orden. Se identifica con la causación circular acumulativa, la estructuración y restructuración de la naturaleza y la sociedad, la oposición a la muerte.

El tiempo es restituido así a la vida, a lo humano y a lo social. Ellos se inscriben en el devenir, se relacionan siempre con el tiempo que está en ellos y en cuyo interior ellos se sitúan. No hay corte entre estática y dinámica, humanas y sociales, ni oposición entre sincronía y diacronía. Existe una interacción entre estructura y organización —bajo el signo de la permanencia— y proceso y transformación —bajo el signo del devenir histórico.

La sociedad no conoce periodos muertos, nace del movimiento, se mantiene y cambia por él. Se presenta como orden heterogéneo, plural, aproximativo y móvil, siempre en vías de hacerse y de determinar su sentido, y de deshacerse y transformarse, portador de varios posibles. Es obra colectiva, siempre acabada y siempre a rehacer, cuya fórmula definitoria es siempre problemática.

La realidad social es el proceso histórico, sin finalidad predeterminada ni estación de llegada. Realidad y proceso, sociedad e historia, no existen fuera de los seres humanos, sus necesidades, su trabajo, sus acciones, relaciones e interacciones, sus productos y obras. Son manifestaciones y concreciones cambiantes del devenir total del ser humano, de su producción y formación por sí mismo, a través de su *praxis*, de su acción sobre y de sus lazos consigo mismo, con la naturaleza y con los demás hombres.

Se busca elaborar y utilizar una *lógica de los sistemas vivientes abiertos*, de la *negantropía* y la *auto-organización*, de la *complejidad* y la *hipercomplejidad*. Ello es parte de la marcha hacia una *teoría de la hipercomplejidad organizativa*, que permita integrar coherentemente los aspectos incoherentes de lo humano y social, concebir racionalmente la irracionalidad.

La naturaleza y el desarrollo de lo humano-social se define por la unidad en un sistema hipercomplejo de un conjunto de *polos-principios generadores*: ecosistema, sistema genético, sistema cerebral, sistema sociocultural. Dicha

naturaleza resulta de las interrelaciones, interacciones e interferencias mutuas de tales polos, se presenta como una totalidad bio-psico-sociológica, a comprender mediante un esquema multipolarizado o policéntrico.

Los polos sistemáticos que en conjunto constituyen el campo antropológico establecen relaciones de complementariedad, competencia y antagonismo; de continuidad, mediatización, discontinuidad; en todo caso siempre en condiciones de incertidumbre. Entre los polos no hay jerarquía. Ninguno es por sí solo fin, realidad, esencia del hombre. Cada polo y sus elementos necesitan de los otros. Ninguno puede ser pensado como el fin de otro. Cada polo es fin y medio de los otros, co-autor, co-organizador, co-constructor del conjunto. Sus interacciones tienen un papel constitutivo de las totalidades consideradas.

Individuos y sociedades son unidades superiores, totalidades organizadas. No son reductibles a sus unidades constitutivas elementales, ni disolubles en ellas. No son aisladamente descifrables a partir de las propiedades particulares de aquéllas. La totalidad aporta la inteligibilidad de las propiedades que sus componentes manifiestan.

La persona, la especie, la sociedad, están sometidas a una lógica de la autorganización y complejidad creciente, a una dialéctica de entropía y negantropía. Sus elementos componentes y conjuntos tienden a la entropía, al desorden y a la desorganización en el tiempo. Funcionan con una parte de indeterminación, de ruido, de desarreglos. Son en cambio capaces de entropía negativa o *negantropía*, de organización generativa y permanente reorganización, a través del aumento de la complejidad. Tienen aptitud para ir constituyendo en el tiempo un orden informativo de naturaleza organizativa, sometido a una lógica no finalista sino negantrópica. Pueden soportar el aumento del desorden, regenerar o reconstruir los elementos que se degradan. Pueden utilizar las indeterminaciones, las variaciones aleatorias, los acontecimientos perturbadores, para mantener y desarrollar la organización, aumentar su diversidad y su complejidad, y así auto-organizarse a un nivel superior. Las lógicas del desorden y del proceso de complejización constituyen y mantienen una unidad antagónica, con implicaciones mutuas. Los componentes de ambos lados dan múltiples combinaciones, una gama de fenómenos y procesos intermedios.

El fenómeno humano y social asume así un carácter morfogénético. La historia se presenta como una sucesión de variaciones y manifestaciones aleatorias de las virtualidades del ser humano. El *homo sapiens* se co-produce en una morfogénesis compleja y multidimensional, proceso de millones de años y de múltiples nacimientos: hominización y paleosociedad, *homo sapiens* y arqueosociedad, sociedades históricas; y lo que puede reservar el futuro...

La evolución histórica no es continua, linear, mecánica. Es aleatoria, estocástica, regida por el principio de indeterminación en su desarrollo y en su carácter; producto de múltiples interrelaciones, interacciones, interferencias, del diálogo entre la necesidad y el azar, sin obedecer a ningún plan previo de desarrollo.

Lo decisivo son las totalidades vivientes en movimiento, como contenido

real que comprende sin embargo diferentes niveles y aspectos mutuamente implicados. En toda sociedad existe una pluralidad de fuerzas, núcleos, centros de energía e información, de saber y de poder, de decisión y de acción. La multiplicidad de elementos que constituyen la sociedad, la componen, y la conforman, se presentan como partes o momentos de una totalidad. Ésta —como señala H. Lefevre— se mantiene como tal, no sólo por inercia, sino también como resultado de una actividad interna, suscita y engendra sus propias condiciones; sostiene el estado de equilibrio que le permite ser un todo, hace coexistir la unidad y la fragmentación.

La multiplicidad de fuerzas y centros en relaciones conflictuales se ordenan y se integran en el conjunto social, mediante ubicaciones y jerarquizaciones cambiantes (de lo principal a lo subsidiario y subordinado, y viceversa). Las totalidades vivientes en movimiento —las parciales y las globales—, se dan formas, equilibrios, regulaciones y autorregulaciones, retroacciones, grados, funciones. Se organizan en estructuras, sistemas, modos de producción y formaciones sociales, de estabilidad provisoria. Unas y otros son expresiones cristalizadas de una realidad móvil, compleja y conflictual, de procesos constituidos y movidos por contradicciones. Son parte del devenir que las trabaja y modifica, pero se mantienen en el tiempo, actúan y reaccionan, deben ser estudiadas en sí mismas y en sus interrelaciones, sin privilegiar abusivamente ninguna en detrimento de las otras.

Es indispensable entonces superar las formas de reduccionismo que otorgan primacía exclusiva y excluyente a lo infraestructural o a lo superestructural, y caen en el punto muerto de la dependencia o de la autonomía absolutas de lo político, simplificando groseramente la realidad.

Se trata de explorar la naturaleza de la *relación dialéctica* entre *infraestructura* y *superestructura* como dos momentos igualmente condicionantes y determinantes y, más en general, los lazos e interacciones entre las diversas instancias y polos generadores, estructurado-estructurantes, que en conjunto configuran y mueven una sociedad.

Por una parte, es exacto que la llamada infraestructura constituye la base y el marco de todo lo que ocurre en diversas instancias de la sociedad; establece con ellas correspondencias o correlaciones; puede ejercer sobre ellas un papel dominante, condicionante y determinante. *Contribuye* de modo decisivo a engendrar la llamada superestructura que se presenta así *hasta cierto punto* como su producto y su reflejo, y no puede desarrollarse sino dentro de los límites más o menos amplios fijados por los caracteres y modificaciones de la infraestructura.

Fuerzas productivas, relaciones de producción, configuraciones y conflictos de clases, pueden dominar, condicionar, determinar la estructura y el funcionamiento de las sociedades y el curso de la historia. Así, en el primer momento de una investigación sobre la política y el Estado en una sociedad y en una fase determinada, el secreto, las raíces, el fundamento de esa sociedad, de la forma política que toma la relación dominación-subordinación, y de la forma específica que reviste el Estado, deben buscarse en las condiciones

de existencia materiales, los modos de producción, las modalidades sociales por las cuales los individuos producen y entran en contacto.

Esta primera aproximación es sin embargo insuficiente o inadecuada. El condicionamiento y la determinación infraestructurales no se ejercen de manera automática, mecánica, inmediata, sino en última instancia, en grandes líneas, a largo plazo. Se manifiestan como, y se ejercen y despliegan a través y por intermedio de, las múltiples formas y procesos correspondientes a la llamada superestructura: tradiciones históricas, ideologías, costumbres, prácticas, culturas políticas, profesiones políticas organizadas, papeles políticos determinados, aparatos estatales, circunstancias internacionales. La dependencia de lo supraestructural hacia lo infraestructural es siempre relativa. Los componentes e instancias de la superestructura, lo político y el Estado, una vez constituidos, tienden a adquirir autonomía relativa, lógica específica, movimiento propio y papel motriz respecto a la infraestructura socioeconómica, sobre la cual pueden ejercer una acción igualmente determinante y condicionante. La acumulación y la fusión de la multiplicidad de componentes e instancias en juego —cada uno con sus leyes, su dinámica y su eficacia propias—, crean formas y circunstancias históricas concretas que sobredeterminan las situaciones, las contradicciones, los procesos.

La superestructura —y en particular lo político—, no es simple reflejo de la infraestructura. Expresa sus caracteres y dinamisismos y sus tendencias de desarrollo, pero puede actuar en un sentido de refuerzo o modificación, de aceleración o de bloqueo, y modelar así la forma de la sociedad y el curso de la evolución histórica. Lo superestructural concientiza, organiza y moviliza, ideológica y políticamente, a los grupos y, a través de ello, incide en todo lo que ocurre al nivel de las fuerzas productivas, de las relaciones sociales, de los conflictos de clases. Lo esencial del movimiento histórico se desarrolla en la superestructura y en la instancia política, que en cierto sentido convierten a la infraestructura en su objeto y en su instrumento de acción.

La realidad social es así la expresión de la totalidad de fuerzas y actividades humanas, de estructuras y procesos que ellas generan. Las estructuras sociales resumen la totalidad de los actores y procesos sociales, son definidas por éstos y a su vez los conforman y condicionan. El conjunto de actores, fuerzas, estructuras y procesos en una sociedad y en un periodo son captables y analizables en función de sus distintos aspectos, niveles, instancias, todos con estructuras y dinámicas propias y con eficacia específica. Cada aspecto, nivel, instancia, es condición de la existencia, de la especificidad y de la eficacia de los otros. La especificidad y la eficacia de cada aspecto, nivel, instancia, dependen de su ubicación y de su función en un tipo determinado de relaciones entre aquéllas en el seno de la totalidad. Cada sistema se diferencia por los tipos de relaciones, combinaciones y articulaciones específicas de los aspectos, niveles e instancias en la totalidad. La presencia simultánea de diferentes niveles, aspectos, instancias, con autonomía relativa, historicidad propia, diferencias de origen y evolución, desigual desarrollo en ritmo, intensidad y orientación, y desajustes recíprocos, contribuyen a explicar la falta de coherencia

total de los sistemas y su dinamismo inherente. Esta aseveración introduce en la problemática del cambio, como supuesto, componente y objeto de lo político y de lo estatal, y también como sustrato de las cuestiones atinentes a la periodización.

4. *La problemática del cambio*

La selección del periodo en que un fenómeno o proceso político va a ser investigado y de los niveles y aspectos a considerar en tal periodo, la interrelación necesaria entre ambas opciones, remiten necesariamente a la cuestión del *cambio social*.

Toda sociedad vive haciéndose y rehaciéndose, solicitada por fuerzas de conservación y de cambio. La dialéctica continuidad-discontinuidad está presente en cualquier sociedad que aparece así como creció permanente, dato a la vez que proyecto. El problema del cambio puede ser considerado en dos esferas: génesis, tipología, ambas relevantes para todo debate teórico y toda decisión práctica en materia de periodización.

A. Génesis y problemática del cambio en relación a la presencia del tiempo y la heterogeneidad estructural, a los actores y prácticas sociales, y a la dialéctica y dinámica externa-dinámica interna

a) Presencia del tiempo y heterogeneidad estructural

La presencia del tiempo en toda sociedad se relaciona con su heterogeneidad estructural. Los elementos y subsistemas de una sociedad no tienen el mismo origen, trayectoria ni edad. En todo sistema social coexisten fuerzas, relaciones, organizaciones, sometidas de manera diferencial a los efectos del tiempo. La sociedad las jerarquiza, y se da con ello sus caracteres específicos, pero no suprime las incompatibilidades que nacen de las diferencias de génesis, evolución y duración. Se crean así diferenciaciones, tensiones, puntos de ruptura, movimientos, dinámicas diferenciadas, tendencias a conservar o a transformar el sistema y sus elementos componentes.

El tiempo somete a la sociedad y a sus integrantes a la triple coacción del pasado, del presente y del futuro.

La coacción del *pasado* inmediato se ejerce a través de los elementos heredados, del suministro de la continuidad y de la definición previamente acuñada del sistema vigente (peso de la tradición; inercias del lenguaje, de las actitudes y comportamientos).

La coacción del *presente* es ejercida por elementos muy recientes y actuales, y se manifiesta en el orden que prevalece, en la definición inmediata de la sociedad como resultante de la praxis de diversos actores sociales y de sus interacciones.

La coacción del *futuro* está dada por la presencia y la actividad de fuerzas y tendencias de desarrollo, y de elementos para definir y optar entre diversas

posibilidades presentes en toda formación social, buscando la actualización de configuraciones por venir.

Toda sociedad está vinculada a las tres historias, sin que se pueda predecir cuál de ellas prevalecerá. A partir y a través de estas dimensiones, toda sociedad revela en la acción sus diferentes aspectos y periodizaciones: la *breve duración* (individuo, acontecimiento, pequeña historia, coyuntura), la *duración media* (intervención de unidades sociales y grupos colectivos), la *larga duración* (despliegue en los siglos, manifestación de estructuras y sistemas). Revela también las desigualdades sectoriales en cuanto al sentido, la intensidad y la rapidez de los cambios: sectores más lentos o polos de freno que mantienen la continuidad; sectores más rápidos o polos motores que operan a favor del cambio; sectores ubicados entre aquéllos y sometidos a transformaciones inducidas.

De ello deriva un movimiento diferencial de los subsistemas de la sociedad, en función del cual ésta no se transforma en bloque. Presenta continuidades y discontinuidades; reproduce relaciones sociales y produce otras nuevas; combina la repetición y la diferenciación. La sociedad es sede de un enfrentamiento permanente entre factores y dinamismos de continuidad y orden, y de cambio y desorden, en balance inestable. La conjunción de dinamismos, y coacciones hace que la sociedad sea portadora y objeto de un debate incesante; contribuye a constituir y a manifestar la pluralidad de aquélla; cuestiona la reproducción pura y la simple continuidad.

b) Actores y prácticas sociales

Los dinamismos se manifiestan por y a través de actores sociales, de sus prácticas, sus cálculos, sus opiniones, que contribuyen a la génesis del cambio social y a la determinación de sus modalidades.

La escasez y la competencia por la mejoría de la propia situación, la imperfecta correspondencia de estructuras y subsistemas en la sociedad global, la vigencia de normas y códigos equívocos, el margen de indefinición en las relaciones y prácticas sociales, la multiplicidad y heterogeneidad de las instancias sociales, crean la necesidad y la posibilidad de que los actores sociales (individuales y colectivos) sean no sólo pasivos sino también activos, para obtener ventajas o para replantear su posición en la sociedad. Pueden interpretar, solicitar, usar, manipular, tratando de orientar según sus intereses y valores las relaciones sociales en que participan. Intervienen en función de sus cálculos y estrategias. Recurren a la innovación, a la crítica y a la impugnación. Operan sobre el sistema social, y contribuyen a darle un carácter aproximativo y vulnerable. Oscilan en un continuo entre las estrategias posibles, las adoptadas y las realmente efectivizadas.

Los actores son inseparables de sus *prácticas sociales*, que los constituyen, expresan y definen, y revelan las posiciones en que se ubican y los ejes en que operan. Las prácticas se interrelacionan en un continuo multidimensional en el cual se pasa de una a otra práctica por implicaciones sucesivas.

Pueden ser clasificadas, según se ubiquen los actores en mayor o menor grado *dentro o fuera del orden existente*.

Los actores son colectivos (clases, grupos, organizaciones, instituciones), o individuales. La sociedad y el individuo no son categorías rígidas y claramente separadas, que se ajustan una a la otra en una integración perfecta y con una funcionalidad inequívoca. Forman un *ambisistema* de unidad-pluralidad, de confusión-distinción en el desarrollo, en que una y otro se constituyen y usan mutuamente, a través de relaciones de complementariedad, cooperación, solidaridad, competencia, contradicción o antagonismo. La sociedad no existe sin los individuos. La diversidad social está influida por la diversidad individual, y ambas se presuponen y utilizan recíprocamente.

Las relaciones entre los individuos, entre ellos y los grupos, y entre éstos y los individuos con la sociedad, oscilan entre un polo de complementariedad-cooperación-solidaridad, y un polo de competencia-conflictividad-antagonismo; entre el egocentrismo individual y grupal y el sociocentrismo colectivo; entre la rigidez de la jerarquía y la movilidad de los grupos e individuos; entre el orden y el desorden. Entre ambos polos se dan oscilaciones, combinaciones aletatorias, servicios mutuos, que configuran una zona intermedia de contradicciones, indecisiones y ambigüedades.

La sociedad nunca logra más que una integración relativa e incompleta de las pulsiones, los conflictos y las agresiones. Está siempre afectada por el desorden que amenaza con desintegrarla, pero que al mismo tiempo da a la sociedad su complejidad, su diversidad, su flexibilidad, y refuerza su capacidad de reorganización. El desorden puede ser absorbido por la organización, recuperado y transformado en jerarquía, mantenido en la periferia como marginalidad, o expulsado fuera del sistema como desviación. Orden y desorden renacen sin cesar, la sociedad —como dice Edgar Morin— se reorganiza y se autoproduce sin cesar porque se desorganiza y se autodestruye sin cesar.

c) *Dinámica interna y dinámica externa*

La interrelación entre la dinámica interna de una sociedad y la que proviene de su inserción en un sistema internacional, obliga a distinguir el cambio procedente del desarrollo del sistema nacional, de los cambios resultantes de la relación con el exterior, y rescatar la imbricación y la interacción entre ambas dinámicas.

Las relaciones de exterioridad de una sociedad tienen consecuencias internas para ella. La especificidad de una sociedad nacional y de sus principales subsistemas deriva a la vez de su propia historia y de sus relaciones con las sociedades extranjeras y con el sistema internacional. Las relaciones internacionales afectan los principales niveles de la realidad social interna. Provocan en el tiempo una diferenciación cada vez más acentuada entre las diferentes sociedades. La dinámica externa puede volverse dinámica de dominación. La relación de dependencia ha llegado a constituir para gran número de países un sistema de referencia fundamental, determina la totalidad y permite situar e interpretar las transformaciones parcelarias.

Dinámica externa y problemática de la dependencia constituyen un aspecto decisivo pero no exclusivo. La acción externa no es el único factor a considerar. No se ejerce tampoco de modo unilateral, inmediato y mecánico, en un solo sentido ni en una dimensión única. Es un proceso pluridimensional y multívoco. La dependencia es una relación: supone por lo menos dos órdenes de fuerzas, de formas, y de dinámicas, en permanente interacción. Los aspectos y niveles internos tienen su existencia y su movimiento inherentes; se articulan y reaccionan entre sí, y con los factores de tipo externo sobre los cuales pueden influir en considerable medida. El dinamismo interno refleja e incorpora la acción de las metrópolis y del sistema internacional, pero agrega sus particularismos, sus peculiaridades y sus mediaciones, sus coyuntura y sus razones. Al mismo tiempo, el dinamismo interno pasa a integrar y a modificar la composición, la orientación y el funcionamiento de los actores, de las fuerzas y de los procesos de tipo externo.

La imbricación y la dialéctica de lo interno y de lo externo, sus implicaciones y consecuencias, inciden en la configuración de las fuerzas y estructuras socioeconómicas, culturales, políticas y estatales, todo lo cual a su vez repercute en relación y en la dinámica de la dependencia. A ello se agrega la constatación de los límites de la expansión de las relaciones internacionales de dominación-subordinación, emergentes a partir de cambios en el entorno internacional y en el interior de las sociedades dominadas.

Reconocida la importancia de la dinámica externa, debe recordarse en sentido inverso que ella no llega a ser determinante en un sentido absoluto. Sus fuerzas aceleran o frenan, modifican o bloquean por un tiempo los procesos de estructuración y cambio en las sociedades nacionales, pero no bastan para constituirse en un agente exclusivo.

D. Elemento para una tipología del cambio. Categorías básicas: cambio inherente al sistema y mutación histórica; crecimiento y desarrollo; reforma y revolución; proyecto histórico.

a) Cambio inherente y mutaciones

Las estructuras y sistemas sociales sufren continuamente cambios inherentes a sus condiciones de existencia y de composición, a su funcionamiento y a su reproducción, a sus tendencias a la realización de sus potencialidades de desarrollo. A través de la diferenciación, la especialización y la complejización, ciertas fuerzas dominantes en la sociedad reproducen las relaciones que aseguran su permanencia y su ajuste dinámico, en un movimiento no destructor sino sometido a estructuras.

Las *mutaciones* son una serie de cambios múltiples y acumulados, que afectan varias instancias de la sociedad, de manera profunda y más o menos irreversible; incluso las crisis que resultan de estos cambios. Una mutación implica el paso de una estructura a otra, de un sistema de estructuras a otro; la emergencia de diferencias en relación a la mera reproducción estricta de

las relaciones sociales básicas; el predominio de la ruptura sobre la persistencia de la identidad fundamental. Las mutaciones pueden ser parciales o globales, y su conceptualización se relaciona con la categoría de crisis.

Las *mutaciones parciales* son asimilables a brechas producidas por las innovaciones y por los procesos y formas de interiorización del cambio, con las consiguientes distorsiones, desequilibrios y obstáculos a un movimiento sincronizado de la sociedad. Una acumulación de mutaciones parciales puede desembocar en una nueva combinación de las relaciones de interdependencia y mutua determinación entre los elementos constitutivos que definen distintos tipos de sociedad. Se entra así en una fase, no de mera repetición sino de diferenciación, que puede llegar a identificarse con la *mutación global*. Esta no equivale a la mera acumulación cuantitativa de innovaciones parciales. Se presenta como una *crisis*, el fin de una sociedad y el comienzo de otra, en la medida en que no se siguen reproduciendo las relaciones constitutivas de la sociedad. La crisis, sin embargo, también está sometida a la ley histórica del *desarrollo desigual y combinado* de las sociedades. No alcanza al mismo tiempo, del mismo modo y con los mismos efectos, a los diferentes sectores sociales. Puede atenuarse en algunos niveles y agravarse en otros. Puede haber crisis en la sociedad, sin crisis económica o política en sentido clásico, o a la inversa.

La mutación debe ser irreversible, demostrar su capacidad de perduración en la constitución y en el mantenimiento de una nueva configuración social, sobre todo en términos de nuevas relaciones, normas formas de dominación y de reproducción de las estructuras que ha hecho surgir. La mutación global no excluye la subsistencia de residuos y recurrencias de la vieja sociedad. La historia da un largo inventario de mutaciones fracasadas.

b) *Crecimiento y desarrollo*

Como proceso y como resultado, el *crecimiento* se caracteriza por el aumento gradual de propiedades cuantitativas, mensurables y cifrables; la continuidad, la fácil previsibilidad por extrapolación a partir de datos; *v.gr.*, aumento del producto bruto, de la población etcétera.

El *desarrollo* implica el surgimiento de propiedades nuevas, de diversidades cualitativas; la complejización y el enriquecimiento de las fuerzas, relaciones y estructuras sociales; la creación de formas, valores, ideas, estilos de vida, diferencias; la discontinuidad, los saltos, los imprevistos, los azares; y, por consiguiente, la imposibilidad de predicción a partir de la extrapolación lineal de los datos disponibles en un momento dado.

Es posible el crecimiento sin desarrollo, y a la inversa —durante algún tiempo al menos— el desarrollo sin crecimiento. No existe ligazón mecánica ni automática entre ambos aspectos de un proceso histórico global.

c) *Reforma y Revolución*

Un proceso de *reforma* constituye una experiencia de actualización. Pretende realizar adaptaciones inevitables, dando a las modificaciones que pro-

duce las cualidades de transformaciones profundas que insiden sobre las estructuras fundamentales, pero permaneciendo más aquí del umbral crítico que determina una verdadera mutación.

La *revolución* es una forma política particular de mutación social. Expresa una voluntad de provocar la irrupción de un sistema social por venir, acelerando procesos largo tiempo operantes que han preparado y vuelta necesaria la mutación, determinando la emergencia de configuraciones potenciales de elementos y fuerzas en suspensión dentro de la sociedad vieja, se prepara en los lugares de la sociedad donde más tiempo se ha rechazado lo que contradecía el orden establecido y donde se ha ido formando alguna contrasociedad. Se define como agente de ruptura, iniciadora de nuevas condiciones de existencia, que hace surgir el discurso oculto de los cambios que la vieja sociedad rehúsa. Afecta de manera variable las diversas instancias de la sociedad promoviendo nuevas desigualdades sectoriales en la orientación, la intensidad y la rapidez de los cambios.

Las estrategias y los objetivos de las revoluciones se pueden buscar y lograr por acciones que operan desde abajo hacia arriba y trastocan y transforman toda la sociedad; o por acciones que se desarrollan desde arriba hacia abajo, a partir y a través de un Estado autoritario conducido más o menos inteligentemente, que realizan cambios y cumplen a su manera, incompleta y desviadamente, los objetivos políticos y económicos de la revolución por abajo (referencias de Engels al bonapartismo y el bismarckismo posterior a 1848: concepto de revolución pasiva en Gramsci).

d) El proyecto histórico

El concepto de proyecto histórico se refiere al hecho que toda sociedad es un orden aproximativo y móvil, vinculado a varias historias: la ya realizada y sus concreciones-rastros; la que se cumple; la posible que lleva en su seno. Toda sociedad es un conjunto heteróclito, combinación de elementos mezclados, determinismos y libertades, acontecimientos y azares. En este contexto, los actores ordenan sus prácticas según varios ejes y orientan su futuro según diferentes alternativas. Surge así en toda sociedad un espacio abierto a la libertad humana, para contribuir a conformar aquélla y a darle su sentido, y para la actualización de las diversas posibilidades, sin que pueda predecirse cuál de las configuraciones potenciales terminará por actualizarse y prevalecer.

La continuidad histórica no es entonces rectilínea. La sociedad no está condenada a la imitación ni a la repetición; dispone de un margen de libertad de opción, de flexibilidad de existencia, de imprevisibilidad, de creación colectiva. La sociedad aparece —en las palabras de Jacques Berque— no sólo como dato sino como proyecto.

Así, por una parte, historia y sociedad como tales carecen de racionalidad inmanente y plena, de finalidades predeterminadas que prexistan a los hechos y sean expresión de alguna fuerza demiúrgica. Las orientaciones y vicisitudes de la historia y de la sociedad son resultado de las relaciones de grupos e individuos, en un entrelazamiento de los determinismos, las espontaneidades,

las voluntades conscientes y los azares. El sector no dominado de fuerzas naturales, sociales y culturales sigue siendo grande y poderoso, y continúa imponiendo determinismos y fatalidades, en parte aparentes y en parte reales. Si no existen determinismos en sentido estricto, existen procesos determinados, productos de la acción de los hombres, combinaciones de lo humano y lo inhumano que se vuelven contra aquéllos y los amenazan. Las luchas por la superación de las condiciones heredadas y por la emergencia de formas sociales nuevas y superiores no están destinadas fatalmente a triunfar. Los individuos y grupos pueden resultar inadecuados, equivocarse, ser derrotados. El proceso histórico es sinuoso y accidentado, y rara vez se cumple en acuerdo estricto o aproximado con las previsiones y las esperanzas de las sociedades, los grupos y los individuos, aun los más lúcidos y enérgicos (las *ironías de la Historia* de que hablaban Hegel y Engels). Con frecuencia, las realizaciones históricas concretas se alejan de los proyectos originales, o no se efectúan en la dirección prevista por la teoría o la ideología. Las transformaciones posibles pueden frustrarse, o no resultar tan radicales como se supuso. Todo avance histórico a la vez resuelve y genera problemas, plantea nuevas posibilidades y desafíos, realimenta la interminable espiral de la historia que, en sus mejores momentos, no deja de ser una marcha incierta hacia lo desconocido. La opción y el voluntarismo sociales tienen sus límites. La sociedad se hace y se transforma, pero en el interior de coacciones más o menos definidas.

La evaluación realista de fuerzas, tendencias y obstáculos debe inocular a la vez contra el optimismo superficial y mecánico, y contra el pesimismo y la desesperanza. La historia no es insensata ni absurda. Crea lo inesperado a partir de lo determinado, combina el azar y la necesidad, la derrota y el triunfo, la catástrofe y la creación superadora, nunca completas. La totalidad sigue abierta, deja lugar a nuevos enfoques, opciones, propuestas y estrategias. La evolución humana no está encadenada fatalmente a la historia que se ha vivido hasta el presente. Las posibilidades del ser humano aún no están totalmente explotadas, en especial en cuanto a sus aptitudes para la autoorganización, la creatividad y la conciencia. La actualización y el desarrollo de esas aptitudes requieren desarrollos de contextos socioculturales suficientemente complejos, la marcha hacia una *metasociedad*, y ello a su vez exige una nueva ciencia del hombre y una nueva política. La interacción entre sociedad, ciencia, conciencia y política está abierta. Esta dialéctica es parte de otra más vasta entre la desorganización y la reorganización históricas que trabaja a todas las sociedades del mundo, con sus ensayos y errores, sus componentes y secuelas de desórdenes y crisis, y sus fracasos y triunfos ambos parciales, todos ellos a la vez riesgos de regresión y condiciones de progreso, y la posibilidad de un nuevo nacimiento del ser humano y de la emergencia de la nueva sociedad hipercompleja.